

# VEJEZ Y SUBVERSIÓN: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA LITERATURA PARA MAYORES Y LAS PELÍCULAS DE PEPE ISBERT

**Melania Moscoso**

*Universidad de Temple (Filadelfia)*

María José Bazo delimita la sociología de la vejez como aquella que se ocupa de los “procesos y relaciones de las personas que han cumplido sesenta y cinco años” (2004: 818). También Josep Fericgla (1992) señala que el concepto de vejez está intrínsecamente relacionado con el mundo del trabajo, entendido como período a partir del cual “la legislación ordena que las personas no sigan trabajando (...)” (1992: 72). Consecuentemente se margina a las personas del trabajo, y consecuentemente, de todo lo que implica además de obligación laboral, relaciones y prestigio social, posibilidades de ascenso y de mejora de la propia estima, referente importante de la identidad social, y beneficios económicos superiores de los que se perciben como jubilado” (1992: 72).

Tanto la socióloga de la universidad de la Universidad del País Vasco como el antropólogo catalán definen la vejez como forma de exclusión de una sociedad articulada en torno al trabajo. Fericgla ya sugiere dos ejes que vertebran la experiencia de la tercera edad como colectivo social: primero, el hecho de que es un concepto inteligible sólo en una sociedad que se estructura en torno a los ciclos productivos, y que viejos son, quienes *por razones de edad* han dejado de participar en la vida productiva. Debe notarse que el autor reserva el término senilidad para el deterioro progresivo ligado a la edad, siendo así que la vejez viene determinada por la frontera “artificialmente prefijada” de los sesenta y cinco años.

Sin embargo, la situación actual de crisis podría sugerir que el elemento determinante no es tanto la exclusión de la vida laboral, situación compartida por muchos adultos y jóvenes que de manera más o menos intermitente se ven exclui-

dos de la participación en el mundo del trabajo, sino el hecho de que la percepción social dominante es que las personas mayores no deberían estar trabajando, a diferencia de los parados. Los mayores, cuentan, al menos de momento con “licencia para no trabajar”. Que tal licencia encubra, de facto, no el júbilo asociado a la jubilación sino situaciones de exclusión convierte la realidad de los mayores en una perspectiva para analizar la sociedad estructurada en torno al mercado laboral. Así lo han pensado desde luego autores como Allan Walker (2008), para quienes apuntan a que la vejez no es sino el nombre de un proceso deliberado de exclusión social. Sin embargo, la relativa novedad de la vejez como etapa de la vida se presta mejor a una interpretación *ecológica* en términos de eliminación de residuos que a las nociones marxistas tradicionales.

Pretendo en este texto mostrar cómo la vejez o tercera edad, de modo semejante a la prolongación de la juventud, se ha convertido, en nuestras sociedades del capitalismo tardío, en una manifestación de lo que Zygmunt Bauman (2005) denomina producción de “residuos humanos”. Trataré de argumentar que la tesis del desencaje funcionalista, a modo de precursora de una prolífica industria editorial destinada al “buen envejecer” trata de procesar el detritus del sistema productivo que son los mayores en “soluciones autobiográficas” expresadas en términos de autorrealización. Posteriormente, recojo la tesis de Alan Walker, de “que la jubilación sitúa al borde de la exclusión social a un 22% de la población inglesa” (2008: 79) y, haciéndome eco de la afirmación foucaultiana de que “donde hay poder hay resistencia”, exploraré los conflictos intergeneracionales entre hijos adultos y padres mayores, como ejemplo de “búsqueda de soluciones biográficas a problemas estructurales como afirma Ulrich Beck (1988). Para ello me serviré de la película de Marco Ferreri, “El Cochecito”.

Existe una cierta tradición sociológica en el estudio de la tercera edad. La separación del mercado laboral aparece, según la tesis funcionalista del *disengagement*, o desencaje como un proceso de paulatina adaptación mutua para la escisión definitiva del individuo y la sociedad que sobreviene con la muerte (Giró, 2004: 20). Concibiéndola también como un compás de espera, la tesis del ocio creativo, afirma que en esta etapa vital el ocio deviene adaptación a la segregación vital de la jubilación. Ya sea como un paulatino despedirse de la vida o como diversión, la vejez es sinónimo de un acercarse a los límites de la sociedad. Junto a estas tesis funcionalistas están las marxistas que al decir de, Alan Walker (2008: 81) la jubilación sitúa a los mayores en una situación de desventaja comparativa con el resto de los adultos, que en Inglaterra puede constatarse cuantitativamente en una caída de ingresos a la mitad (Walker, 2008: 83).

## LA EDAD DORADA: AVATARES DE LA AUTORREALIZACIÓN

Se ha señalado en la introducción que según la teoría funcionalista el envejecimiento y la jubilación permiten a consagrarse al ocio creativo como forma de

realización más completa de su ser. Ya sea en la forma de “compensación por toda una vida dedicada al trabajo” o como oportunidad de recuperar proyectos aparacados por las responsabilidades familiares y laborales, la jubilación se presentaría como el período idóneo para hacer un ajuste de cuentas con la propia trayectoria vital y encontrar por fin el sentido. Y desde luego esta es la intención explícita de la mayor parte de la literatura destinada a este tramo de la población.

Sólo en el catálogo de la Agencia Española del ISBN el título “saber envejecer” arroja diecisiete resultados, once de los cuales se agrupan en el epígrafe 159.9 (psicología de la numeración universal Dewey). La biografía de Jane Fonda, que es también uno de los libros más vendidos de Amazon y afirma en la contra solapa que su propósito es el “comenzar a vivir de una forma consciente de modo que pueda inspirar a otros y beneficiarse de su experiencia” (Fonda, 2005). A tenor de este propósito y del artículo de Walker anteriormente citado podría pensarse que el contenido del último apartado de su biografía, está lleno de sugerencias sobre cómo apanárselas cuando los ingresos se han reducido a la mitad Walker (2008: 83). Una rápida ojeada al índice revela sin embargo que a partir de los sesenta años la actriz ha podido al fin emanciparse de las ataduras del pasado gracias a un viaje al sufrimiento. Leemos así en la biografía de una actriz que ha obtenido dos oscars lo siguiente:

*“Gracias al dolor me dí cuenta de que me estaba sucediendo algo. El trauma había creado una fisura en la mi psique, y tenía que descender a las profundidades del sufrimiento para profundizar en lo que aquello, fuera lo que fuera estaba tratando de decirme”* (Fonda, 2005: 466).

En efecto no deja de sorprender una actriz que ha recibido dos oscars pueda postularse como modelo vital para la mayoría de las mujeres de su generación. El hecho de que el libro haya sido un superventas, indica, que en alguna medida su contenido es relevante para muchas de ellas, por más que según las advertencias de Beck, nuestra vida se encuentre sometida a los avatares del mercado como nunca antes. ¿Por qué miles de mujeres se miran en el espejo de una actriz de Hollywood cuando llegan a la madurez? ¿Qué cualidades de semejante relato la hacen atractiva para miles de mujeres americanas cuya atención sanitaria está sometida a la lógica del mercado? ¿No será que la lectura de los “desvelos y padecimientos” de una famosa actriz que a pesar de todo ha conseguido autorrealizarse contribuye a mantener una ficción necesaria, a saber que la previsión individual y la planificación de la propia biografía en plena libertad, pero asumiendo la responsabilidad exclusiva de todos los fracasos, aún merece la pena, cuando se ha perdido el ámbito familiar como ámbito de resonancia de los propios logros individuales?

Jane Fonda que se ha divorciado en tres ocasiones, la tercera de las cuales, con sesenta y un años, le llevó a reconciliarse con el cristianismo y a redescubrir

“una identidad propia al margen de la aprobación masculina”. Este viaje al fondo del yo, que se presenta como principal tarea del último tercio de su vida al que consagra el último acto de su biografía, destinado a ser “el más significativo y por el que será recordada”, puede, en este sentido resultar evocadora para mujeres que, decepcionadas de su dedicación a la familia y al matrimonio, rozan la sesentena. Pero hay más, aunque su carrera profesional se prolongó hasta la edad madura, como lo atestigua el hecho de que obtuvo su segundo oscar a los cuarenta y seis años, y haya obtenido buenos papeles después, no oculta el hecho de que, aún hoy la profesión de actriz, depende en gran medida de la juventud y la belleza. Quizá por esta razón resulte interesante a mujeres que en el inicio de su madurez se sienten desplazadas en una sociedad que valora en extremo la juventud y el atractivo sexual. La propia actriz reconoce que su compromiso político ha dotado a su carrera dramática de un sentido y profundidad que de otro modo no tendría, y la ha encaminado a un compromiso con la sociedad norteamericana que continúa en la actualidad.

Las peculiaridades de la biografía de Jane Fonda, podrían servir así, para reubicar, en una matriz narrativa, el desanclaje vital que para muchas mujeres supone el fin de la edad madura y el inicio de la ancianidad. Al igual que las personas con discapacidades sobrevenidas, los mayores se sienten desplazados del lugar central que como adultos en su día desempeñaron en la sociedad. Como señala el especialista en biografía Thomas Couser, discapacitados y, en el caso que nos ocupa, los mayores, están obligados a justificarse a sí mismos (Couser, 2005: 20). Tal justificación a los ojos de los demás puede revestir diversas formas, desde el abnegado cuidado de los nietos, al compromiso parroquial, o a una intensa actividad en el centro de jubilados. Ferigcla constata en este sentido que estas actividades no son tan intrínsecamente gratificantes como pudiera parecer; según le confiesa uno de sus informantes que acude a diario al hogar de jubilados “*Aquí no nos lo pasamos tan bien como parece: a la hora de la verdad ser viejo es duro. Pero hay que seguir la marcha; si no parece como te quedas atrás*” (Fericgla 1992: 242). Aunque no está explícitamente analizada en su texto, *Vulnerable Subjects*, centrado sobre todo en biografías de personas que se enfrentan a una grave enfermedad o a una discapacidad sobrevenida, el análisis que Thomas Couser hace de la discapacidad y la enfermedad, en su condición de acontecimientos biográficos desestructurantes, pueden aplicarse, *mutatis mutandi* a la autobiografía de Jane Fonda, en la medida en que es reconstrucción narrativa de acontecimientos vividos. El hecho de que Jane Fonda hable de sufrimiento y aprendizaje de su yo, y la penetración del discurso psicoterapéutico en toda su biografía evoca el concepto de goffmanniano de “carrera moral”. Como es sabido, el sociólogo canadiense aludía con este término al “conjunto de experiencias de aprendizaje” (Goffman, 1965:48) cuyo carácter específicamente moral se debe “a la secuencia regular de cambios que la carrera introduce en el yo de la persona y que afecta la forma en que se ve a sí mismo y en el sistema en el que juzga

a los demás” (Goffman, 1970: 133). Al igual que los relatos de la discapacidad sobrevenida, la ancianidad viene precedida por una serie de acontecimientos que desubican a la persona, se le antojan caóticos, amenazan “la integridad del yo” y exigen un ajuste narrativo que permita “dar cuenta de la propia vida”, como señala Couser (2005). La calidad literaria de este ajuste narrativo puede medirse por el grado en que el relato sea compartido por el entorno social más inmediato. Puede afirmarse, no obstante, que el discurso psicoterapéutico que rezuman la biografía de Jane Fonda o los libros de pedagogía del envejecimiento están tan centrados en la individualidad de quien envejece que no logran dar cuenta de los condicionantes sociales en los que se produce el envejecimiento. Este enfoque no sería problemático sino irradiase un excesivo optimismo sobre las posibilidades individuales de hacer frente a los condicionantes sociales del envejecimiento. Al convertir la autorrealización en función exclusiva de la salud del yo abandonan a la persona mayor a sus propias decisiones y la convierten en única responsable de todos sus fracasos. Aunque la promesa de final feliz explica, al menos en parte, el éxito de estos libros entre las personas maduras y mayores, cabría preguntarse si estas “pedagogías del buen envejecer” y las biografías de actrices no pretenden, por así decirlo, convertirse en la espiritualidad de una sociedad en la que, al decir de Ulrich Beck “...se desintegra la familia como penúltima síntesis de las condiciones y formas de vida entre generaciones y sexos, de modo que los sujetos, dentro y fuera de las familias se convierten en los sujetos de su subsistencia, mediada por el mercado como nunca antes, y de su organización y planificación biográficas” (Beck, 2006:213). La socióloga Eva Illouz ha acuñado el término “cultura terapéutica” para referirse a la generalización de la mirada patológica sobre la vida cotidiana como resultado de divulgación del psicoanálisis. La cultura terapéutica no sólo define el sentido de la vida como la progresiva adquisición de niveles más elevados de autorrealización, definidos siempre en términos psicoterapéuticos sino que tal paradigma de autorrealización se hurta a la concreción y jamás se hace explícito, sólo deducible *a contrario* por el amplio espectro de conductas “emocionalmente malsanas” a que dan lugar. Esta ausencia de concreción hace que la autorrealización devenga un ideal normativo imposible de alcanzar: “Si transponemos este ideal de salud al ámbito físico, equivaldría a afirmar que quien no hace pleno uso de sus músculos está enfermo, con la diferencia de que en psicología lo que cuenta como “un músculo fuerte” varía y está sujeto a discusión” (Illouz, 2007: 46).

Nuestra tesis es que la popularidad de los libros de autoayuda para la tercera edad y las biografías de personajes como Jane Fonda, reside en que son, u ofrecen pautas para reubicar, en una matriz narrativa, el desanclaje vital que para muchos adultos supone la jubilación. La cultura terapéutica ofrece el señuelo de que es posible, por traer de nuevo la expresión de Ulrich Beck “encontrar soluciones autobiográficas a problemas sistémicos”. Interiorizando la tesis de que su “fracaso vital” es fruto de un yo defectuoso, el origen social y estructural de la

---

exclusión por edad queda oculto bajo la ilusión del discurso de autoayuda. El hecho de “no aceptar la edad “tiende así a oscurecer factores de exclusión bastante más pedestres como no llegar a fin de mes. Y si asumimos hasta el final el discurso terapéutico no habría necesidad de emprender ningún cambio, puesto que el responsable último de nuestros fracasos desaparece con nosotros.

A continuación exploraremos otros modos de vivir la liminaridad desde la subversión individual y colectiva.

Se entiende comúnmente por subversión la deslegitimación de un marco normativo, que por coerción o convención regula la interacción social en determinado ámbito de la vida cotidiana. En el ámbito que nos ocupa, por adaptaciones subversivas entenderíamos aquellas, que por oposición a la resignación o a la trascendencia de las dificultades cotidianas que ofrecen “las pedagogías del envejecer” tratan de desafiar de forma abierta las expectativas de la vejez, o por el contrario, el uso estratégico de los estereotipos y el estigma asociado a la avanzada edad en propio beneficio.

Es requisito de la conducta subversiva una clara conciencia de ser víctima de una situación de exclusión estructural, así como la determinación a reapropiarse de los significados negativos de la propia situación en propio beneficio.

Situada en el contexto del tardo franquismo, la película “El cochecito” del realizador italiano Marco Ferreri y protagonizada por Pepe Isbert narra las aventuras de Don Anselmo Proharán, que vive en el domicilio familiar de su hijo, procurador del estado, su nuera, nieta y una empleada doméstica situado encima de una vaquería en el barrio de Chamberí. Don Anselmo es un funcionario de la administración jubilado de setenta años “vive de prestado” en casa de su hijo, donde cuenta con una habitación de la que le echa su nieta para estudiar francés durante el día. Del “*Señorita, ya está don Anselmo cazoletando*” de la criada al “*Papá, aquí no pintas nada, estoy trabajando*” que le espeta su hijo cuando aparece en el bufete, don Anselmo es sistemáticamente expulsado del domicilio doméstico en el que se desarrolla la vida familiar de los Proharán. La rutina de don Anselmo consiste en hacer una ronda diaria por el pasillo, espantar la gallina de los vecinos, y curiosear por las cazuelas de la empleada doméstica. La película de Ferreri muestra con gran sutileza y penetración psicológica la desautorización del anciano en el entorno familiar.

Sin nada que hacer don Anselmo frecuenta la casa de don Lucas, veterano de guerra que acaba de comprarse un “cochecito” de minusválido, y en compañía de otros discapacitados motorizados disfruta de una trepidante vida social que incluye festines en casa de la marquesa, y meriendas en los encinares cercanos. Precisamente la escena de la merienda en el encinar pone de manifiesto que la exclusión de don Anselmo es doble: no sólo es un paria en su propia familia, sino que incluso entre sus amigos está excluido por ser el único que anda. Cuando su

propia cuadrilla de amigos se cansa de llevarlo como “un paquete” en sus sillas motorizadas, Anselmo no reparará en argucias para conseguir el cochecito que le permita seguir a sus amigos minusválidos. La escena de la merienda en el encinar en que es abandonado a su suerte por su cuadrilla de amigos minusválidos se adelanta varias décadas a una de las estrategias de subversión más popularizadas hoy por el movimiento *queer* y a cuya estética drag es precisamente la exageración hasta lo grotesco de las características del modelo normativo que se pretende impugnar:

*-No, lo siento, pero ahora no le puedo llevar- lo rechaza Pepe que se justifica: El camino está muy malo y si pincho...*

*-Pero..*

*-Tiene razón Pepe- interviene Lucas, metiendo ya la marcha de su vehículo. Además, todo cuesta. Lo mejor es que te quedes aquí.*

*-Pero, ¿Cómo me voy a quedar solo?- Pregunta desolado Anselmo, devuelto brutalmente a su triste condición de peatón. Y le suplica a Julita: -Dile que me lleve.*

*-Pepe, hombre-*

*-Que no, que con tanto peso pincho y me quedo tirado.*

*-¡Lucas, llévame tú!*

*-¡Que no, que es mejor para ti que te quedes! Tú no te muevas, que te traemos vino fresco!*

*Los cochecitos han ido arrancando y alejándose, insensibles todos a las súplicas de Anselmo... (Azcona, 1959).*

Como puede verse, la cuadrilla de amigos discapacitados de Anselmo replica y mejora las tácticas excluyentes que la sociedad les reserva a ellos “esa cuadrilla de anormales” como dice la nuera de Anselmo. Pero sin duda lo verdaderamente subversivo de la película es ver convertidos a estos habitantes en norma social que establece las formas canónicas de desplazarse. Con todo, las tácticas de don Anselmo distan mucho de la práctica del agradecimiento recomendado por los pedagogos del envejecimiento y no cejará en su empeño de conseguir un cochecito que le permita seguir a sus amigos. Las tácticas de don Anselmo, que pasan por fingir una enfermedad en las piernas a robar de la caja fuerte de su hijo procurador, suponen la asunción de la liminaridad como única salida a una forma de vida en el seno de la familia que es experimentada como una espera a la muerte. En la escena en que Don Julio, el médico de la familia acude a casa ante el fingido colapso de Anselmo, tras comprobar que no hay razón física que lo justifique dice:

*Nada... No os preocupéis... y olvidando que él también es un carcamal explica: Los viejos son como los niños no hay que hacerles caso. Vosotros a cenar, que ya es hora.*

Se ha señalado con razón (Prout, 2008) que lo verdaderamente llamativo de esta película es cómo presenta la discapacidad de manera cotidiana y sin incurrir

en el paternalismo. En lo que concierne a la cuestión de los mayores sorprende la sutileza y la penetración psicológica con que presenta la desautorización del anciano en el entorno familiar, no sólo a través del reiterado “ninguneo” al que le someten todos los miembros de su familia, sino por mostrar en toda su crudeza los dichos populares referidos a la vejez. En cualquier caso, Anselmo no se dedica “a profundizar en el sufrimiento” como hace Jane Fonda, sino que se dedica a chantajear a su familia con no levantarse de la cama hasta que le compren el cochecito y explota el arquetipo del viejecito desvalido en presencia de sus familiares, que alterna con la indiferencia y el desdén en cuanto desaparecen: “¡Condenado por mi propia familia! ¡Condenado a muerte por hambre sin que nadie le cierre los ojos!” le espeta a su hijo cuando le castigan sin cena por no levantarse; “¡Qué has hecho llorar a tu padre!” cuando su hijo, azuzado por su nuera le quiere meter en un asilo. Don Anselmo, de modo semejante a los homosexuales que han salido del armario, se recrea en las percepciones más negativas de la edad avanzada. Es como si ante las tentativas de su familia de internarle en un asilo el se dijera “Yo no soy un anciano de residencia: yo soy un viejo chocho”.

Esta táctica, la de utilizar el estereotipo negativo de la propia condición marginal ha sido definida por Gayatri Spivak como “esencialismo estratégico”. Según esta autora india, el esencialismo estratégico es como las minorías colonizadas recuperan su agencia luego de las deformaciones que la historiografía –colonial o progresista– introduce en el sujeto colectivo (Spivak, 2005). Si bien la manipulación interpersonal es una táctica bien conocida por los trabajadores sociales, recientemente ciertos colectivos de personas mayores de EE.UU. han empezado a utilizarla, como es el caso de las “Raging Grannies” literalmente “abuelitas enfurecidas” que pertrechadas con sus andadores y útiles de coser, y vestidas como encantadoras viejecitas inglesas acuden a manifestaciones para pedir la mejora de la sanidad pública.

“El cochecito” ha sido interpretada como ejemplo de la sordidez social y la minoría de edad de la sociedad civil del tardofranquismo (Egea, 2003). Con todo, la película se abre a otras interpretaciones, sobre todo si se aplican a ella la perspectiva crítica de los estudios de la discapacidad. Si bien es cierto que como señala Egea la película “ridiculiza el franquismo de los sesenta” (2003: 78), que su protagonista sea “ridiculizable” es más que discutible. Pues la trepidante vida social de que disfrutaban los amigos de don Anselmo en ningún momento parte de la negación de la realidad, Julia y José se dedican a la venta ambulante de manualidades y en ningún momento pasan por “ejemplos de superación”. Al contrario, en sus paseos se limitan a disfrutar de la movilidad que les proporcionan sus cochecitos eléctricos, aún a costa de marginar al único de sus miembros que anda: Anselmo Proharán.

Sin embargo, tal comparación no estaría completa sin hacer referencia al marco simbólico que hace inteligible las representaciones sociales de la ancianidad así como sus impugnaciones subversivas: el edadismo.



## EL EDADISMO

Se entiende por edadismo la exclusión que padecen las personas por razón de edad. Tal concepto ha estado en uso desde los años setenta y entre nosotros su principal difusor ha sido Martín Sagrera en un libro que lleva este nombre.

Ante esta forma de discriminación caben, además de la resignación y de la confrontación activa señaladas por Sagrera, otras dos: remedar la juventud o subvertir los estereotipos de la edad. En este apartado exploraremos cuáles son las dificultades de la impostación de la juventud y analizaremos los usos del audífono desde una perspectiva goffmanniana del “manejo de impresiones”.

Simular la plenitud social y física de los adultos, es lo que en los ámbitos anglosajones se conoce por Passing “hacerse pasar” en este caso por adulto. Se trata de ocultar la edad o impostar una juventud que no se tiene para evitar las consecuencias negativas y la pérdida de estatus social asociado a la edad. Encubrir la propia edad convierte a la persona mayor en lo que Goffman denominaba un desacreditable o portador de un estigma invisible, pero además exige un esfuerzo extenuante para mantener la congruencia dramática. Como señala Erving Goffman “cuando un individuo desempeña un papel, solicita implícitamente a sus observadores que tomen en serio la impresión promovida ante ellos. Se les pide que crean que el sujeto que ven posee en realidad los atributos que aparenta poseer” (Goffman, 1959: 29). Ocurre que en el caso del anciano, encontrar personas que refrenden su “puesta en escena”, o como diría Goffman “realización dramática”, se antoja misión imposible, o si acaso, puede estar al alcance de nuestra Jane Fonda, rodeada de un completo conjunto de managers y asesores de imagen, pues semejante representación social sólo es factible en un entorno de total desarraigo y alienación de los vínculos familiares, vecinales y de amistad o como en el caso de la actriz norteamericana cuando la propia biografía se ha convertido en producto de marketing. En el caso de “nuestros mayores” como quiera que se entienda esta burda generalización, todo conspira en contra de “la ficción de la adultez”. Se ha mencionado ya que toda puesta en escena requiere de actores secundarios que corroboren las pretensiones dramáticas del protagonista; se da la circunstancia de que éstos son quienes con mayor rotundidad corroboran su estatus de persona mayor: los nietos, las fotos antiguas de la fábrica o escuela se esgrimen como recordatorio ritual de un hecho, el de la propia edad del que no se puede escapar. Al revés de lo que aún ocurre con los homosexuales y los discapacitados, la persona mayor es obligada a adoptar este rol liminar y a renunciar a esta situación “de privilegio que en su día tuvo como adulto. Sin embargo, no por ello el esfuerzo deja de ser un elaborado ejercicio de lo que Goffmann denomina “manejo de impresiones”. Nos serviremos de un artículo de Tomita (2001) sobre los usos del audífono

Los audífonos son una de las aplicaciones técnicas para discapacidad más utilizada. Como es bien conocido por fabricantes y familiares, las personas con baja audición –y se calcula (Tomita, 2001) que el 40-50% de la población anciana padece algún grado clínicamente significativo de hipoacusia– presentan una notable resistencia al uso del audífono de forma continuada. El alto costo de las baterías y lo antiestético de algunos aparatos explican al menos en parte esta resistencia. La miniaturización de los aparatos y su construcción energéticamente eficiente no debe ocultar que según algunas investigaciones, la renuencia a su uso continuado obedece a una estrategia bien estudiada. Se da la circunstancia de que si bien la mayoría de los usuarios de audífonos padecían además artritis y problemas de visión en mayor proporción que el resto de la población de la misma edad, de los análisis estadísticos se desprende que, en realidad ninguno de estos factores era por sí mismo un obstáculo, dado que la severidad de la artritis –padecida por el 80% de los usuarios– o de los restantes problemas de salud presentes, a excepción del deterioro cognitivo correlacionaban con un menor uso del audífono. Por sorprendente que pueda parecer, Tomita apunta la posibilidad de que los ancianos que rehúsan usar audífono, que, según se ha visto son los más “frágiles” por utilizar la terminología del autor, no lo hacen por falta de habilidades funcionales, sino que más bien se sirven del déficit acústico para encubrir el declive cognitivo. Ninguno de los usuarios aducía la “dureza de oído” para dejar de ir de compras o hacer uso de los servicios de la comunidad. Tomita señala además que el hecho de utilizar o no audífono depende sobre todo de la red de apoyo social que rodea al anciano, pues entre quienes viven solos el uso de audífonos es casi universal, en tanto que entre quienes viven acompañados no lo es sino en un escaso 11%. Tomita señala además que quienes son usuarios diarios del audífono tienen mayor autoestima y menor escala de depresión que quienes no lo hacen.

El uso estratégico de prótesis funcionales es un buen ejemplo de cómo se puede “jugar con la edad en el manejo de impresiones. El intento deliberado de manipular la percepción social de la edad más frecuente en nuestro entorno, y no por casualidad, es el rejuvenecimiento artificial. Sin embargo, las arterias a las que está sometido el uso del audífono muestran que tales intentos tienen resultados ambiguos y ambivalentes. De un lado el sonotone es el símbolo visible y buque insignia de la presbiacusia; y aunque es verdad que en ocasiones se rechaza para disfrazar de dureza de oído el declive cognitivo, también se usa como resistencia a las exigencias de una sociedad “que ya no te habla” desoyendo su discurso en el sentido más literal del término. La confirmación protésica del estigma asociado a la edad por el uso de audífonos, gafas bifocales y cachaba puede constituir una insubordinación en una sociedad que idolatra ideas metafísicas de plenitud funcional y juventud. De nuevo “El cochecito” nos proporciona un interesante ejemplo de los usos subversivos de la chochera. Tras descubrir que Don Anselmo ha empeñado las joyas de su

difunta esposa para dar la entrada de su ansiado cochecito su hijo procurador exclama lo siguiente:

*-Y ahora mismo, vamos a recuperar esas albas -otro puñetazo... ¡¡¡Y a devolver ese maldito cochecito!!! -puñetazo final. Luego sinceramente compungido, incluso acongojado, se lamenta entre puchereros: Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia... Una familia tan unida, tan feliz... Y ahora, por la locura senil de un viejo...*

*A lo que Anselmo replica: Has hecho llorar a tu padre, mal hijo.*

Precisamente Erving Goffman señala que puede existir, en toda representación social, cierto grado de cinismo en el sentido de “no creer completamente que merece la valoración del yo buscada” (Goffman, 1959: 33); es precisamente este cinismo el que permite un uso estratégico del estigma, que puede ser depuesto cuando convenga al actor. Se entiende así que Don Anselmo finja ser un anciano solvente ante el dueño de la ortopedia que le vende el cochecito, en tanto recrimina a la familia de su hijo la crueldad con que le tratan, siendo como es, un pobre anciano. Tales imposturas no tienen más riesgo que las de las mentiras en general, o, por utilizar la expresión de Goffman, las de mantener la coherencia interpretativa. Bien es verdad que quien por concesión al manejo de impresiones se niega a utilizar un audífono se expone a ser tomado por senil, y que en general todas las pequeñas concesiones al mundo de los “plenamente oyentes” que realiza en su encubrimiento tendrán por magra recompensa que se le considere insociable y poco involucrado en su entorno. Hasta qué punto sea preferible a la abierta admisión de la sordera –o de cualquier otro déficit asociado o no a la edad– a su disimulo es algo que exige sopesar los riesgos implícitos de cualquier impostura: “una falsa impresión mantenida por un individuo en cualquiera de sus rutinas puede constituir una amenaza para toda la relación o rol, de la cual la rutina sólo constituye una parte, porque un descubrimiento desacreditable en cierto ámbito de la actividad de un individuo arrojará dudas sobre los numerosos campos en los cuales quizá no tenga nada que ocultar” (Goffman, 1959: 72). Con todo, lo verdaderamente relevante aquí no es cuál de las dos opciones, si encubrir la edad o el manejo estratégico de impresiones resulta más acertada, cuestión que no tiene una única respuesta y que exige un detallado análisis contextual; si no más bien de qué lado hacen recaer, los riesgos y costes de la integración. Cuando la aversión al estigma de la ancianidad se pone por encima de la utilidad de las gafas de cerca para muchas tareas cotidianas las dificultades añadidas en muchas actividades comprometen la presunta autonomía e independencia que tendrían que proteger. Una escena de la película *Cowboys del Espacio* ilustra a la perfección las vicisitudes de negarse a reconocer la presbicia. En el transcurso de un reconocimiento médico previo a su ingreso en la misión espacial los veteranos astronautas que sin excepción rebasan la setentona acometen ante una joven y atractiva doctora una prueba de agu-

deza visual. Cuando llega su turno, el personaje de Donald Sutherland se despoja de sus gruesas gafas, y para sorpresa de sus compañeros sabedores de sus problemas de visión lee hasta la última fila de las letras, a lo que contesta:

*-Puede que esté ciego, pero mi memoria es perfecta,- señala socarrón mientras recita las letras de espaldas a la lámina*

Frente a estas componendas, hay quien escoge un reconocimiento abierto de las propias limitaciones, y parece ser que en general pasada la vergüenza inicial, el reconocimiento abierto del propio déficit tiene sus ventajas, aún cuando exista el riesgo de atraer excesiva atención social (Martin, 2000: 171). Con todo, y para no incurrir en la consabida fórmula de que “la honestidad es la mejor política” tan común en los libros de autoayuda, admitiremos que la mentira de Donald Sutherland –y no digamos las de Anselmo Proharán– son hábiles además de subversivas. Aunque en general, la honestidad es recomendable, hay veces, como nos recuerdan don Anselmo y el comandante Neill en las que mentir puede ser interesante. Una vez admitido que las trascendentales y eternas verdades sobre el yo contenidas en la biografía de Jane Fonda no son de gran utilidad para hacer frente a la tozuda liminaridad en la que viven nuestros mayores, es hora de preguntarse por qué las mentiras, hurtos y triquiñuelas de don Anselmo aparecen investidas de una rara pertinencia, no sólo contextual sino también moral. Aunque no es el objetivo del texto presentar la vejez como el territorio abonado de la mentira, sí que me gustaría hacer unas reflexiones tentativas al respecto del discurso terapéutico y de las formas de la subversión en la vejez.

Como siempre, tras el manejo estratégico de las impresiones, y sobre todo de la valoración presuntamente moral que pueda merecer está la cuestión de la “verdadera identidad”. Como señala Erving Goffman en “La presentación de la persona en la vida cotidiana” tal pregunta ignora el significado etimológico de la palabra “persona, máscara en griego ático. La presunción de que tras la impostura se encuentra la autenticidad es intentar analizar las relaciones sociales desde una perspectiva de racionalidad paradigmática que ignora la naturaleza sinuosa de las relaciones sociales. Para “...esos filósofos que parecen guardar rencor a las imágenes por no ser cosas y a las palabras por no ser sentimientos” Goffman, 1959: 1) Foucault acuñó el concepto de regímenes de la verdad” que no es otra cosa que la constatación de que la verdad no es sino el resultado de un juego del lenguaje que produce por reiteración lo que él mismo enuncia. Con todo, concederemos que existen ciertos límites constitutivos de la epistemología. Siendo la mentira como es una conducta que sólo es inteligible como excepción de la veracidad generalizada podremos convenir con los filósofos que compadece Santayana que las mentiras, como el resto de las imposturas de Don Anselmo, no son generalizables en un sentido estrictamente lógico, lo cual no las invalida en tanto que estrategia.

Precisamente porque subvierten un entorno normativo que margina a la persona mayor, la mentira aúna la implausibilidad lógica con la conveniencia estratégica. Dado que la moralidad en el ámbito doméstico al que confina su existencia la persona mayor está rodeada de lazos de lealtad presuntamente incondicionales es interesante explorar todas las formas de distancia íntima entre la persona y el rol familiar. Pues, frente a la evidencia de que Don Anselmo “consigue fines no autorizados” como diría Goffman, la afirmación de que Don Anselmo es un mal padre merece una reflexión sobre lo que podría llamarse construcción ideológica de la autenticidad. Una de las manifestaciones más insidiosas de esta ingenuidad epistemológica es la que afirma que bajo la fachada de la “persona” tal como se expresa en el manejo de las impresiones se encuentra la “persona auténtica” cuya dignidad moral no se discute. Un rasgo inherente del manejo de impresiones goffmaniano es sin duda la coherencia dramática, pero la lucidez del sociólogo canadiense pasa precisamente por hacernos ver que tal manejo de impresiones forma parte de un teatro que es la vida. No creo una exageración afirmar que la literatura “del buen envejecer” como toda la literatura en de autoayuda en general se sostiene precisamente en presuponer “un trasfondo verdadero” oculto por “neurosis” “yo defectuosos” etc.

Tal como leemos en la autobiografía de Jane Fonda: “las clases de Strasberg me habían permitido descubrir un lugar de verdad y autenticidad por primera vez desde mi infancia. Desde el primer momento Strasberg me vió realmente”. (Fonda, 2005:129).

La actriz describe a continuación su adolescencia y primera juventud como la construcción de una “fachada social” que bajo la apariencia de control y seguridad escondía “fragilidad y los vestigios de una infancia lacerada”. El hecho de que las clases de Strasberg fuesen decisivas para su carrera interpretativa, como podría intuirse del hecho que le concediesen el oscar en Klute, sugiere que la actriz se identifica solamente con ciertos “papeles estelares” de su vida, y privilegia ciertas representaciones (en sentido literal y goffmanniano) sobre otras. Sin duda “el retoque estético” de la propia biografía es una práctica extendida. Sin embargo, cuando las pretensiones de autenticidad son formuladas por personas con las que se mantienen relaciones interpersonales, las potencialidades ideológicas del término se ponen de manifiesto. Apelar a “nuestros verdaderos padres” o hermanos no revela nada de las personas a quienes asignamos esta etiqueta y sí que expresa de forma elocuente nuestras pretensiones y exigencias con respecto a ellos. Por ello, frente a la exigencia totalitaria de la lealtad hay que reivindicar como señala Ignacio Mendiola, la mentira que nos rescata del abandono.

Quiero, en primer lugar hacer unas consideraciones sobre la función de las apelaciones a la autenticidad del yo en la literatura de autoayuda. Ya se ha indicado que Según Beck una de las características de la sociedad del riesgo vendría a ser la búsqueda de soluciones individuales a problemas sistémicos; se impone

como primera apreciación que esta es la función más inmediata de los manuales de autoayuda. A la par que su función explícita, de indudable utilidad práctica, las implicaciones prácticas de esta “espiritualidad de la sociedad del riesgo” me merecen una cierta reserva.

La primera de ellas hace referencia a su exclusivo enfoque psicológico que localiza en un sujeto individual, más concretamente, en aquellas partes del yo “no suficientemente desarrolladas” o “todavía presas de un pasado demasiado reciente” como diría Jane Fonda. Semejante enfoque oculta la urdimbre social en la que toda “neurosis” siempre tiene lugar con el agravante de situar la responsabilidad en un “débil desarrollo del yo”. Además de relegar a favor de los factores psicodinámicos el análisis de los condicionantes sociales, económicos y culturales de la expulsión a los márgenes de la sociedad de los ciudadanos de más de sesenta y cinco años imposibilita que este desplazamiento pueda ser leído en términos de opresión. Por supuesto, los psicólogos humanistas que se han erigido en nuevos guardianes de la ortodoxia de la vejez y la vida buena apelan a sentimientos de inequívoca reminiscencia cristiana, cuando no fundamentan sus tesis en un budismo naif. Ferigcla señala que los tradicionales valores de serenidad, sabiduría y conformismo han sido sustituidos por otros basados en la frivolidad y el ocio. Y es que si bien los mayores han perdido la valoración social que se reserva a los trabajadores en nuestra sociedad estructurada en torno la producción, los jubilados siguen siendo estimados en su condición de consumidores.

No menos significativo que su reduccionismo psicológico, que no invita a la movilización social ni al sano escepticismo, es la irritante superioridad moral con la que se culpa al anciano de la situación que padece y se le deja a merced de sus propios recursos apelando a la responsabilidad individual. Esta suerte de fariseísmo tiene el agravante específico de la “cultura terapéutica”, es decir, el grado álgido de desarrollo personal es impreciso y nunca se alcanza por completo (Illouz, 2008: 48). La pedagogía del buen envejecimiento, a medio camino entre la religión y la “patologización de la vida cotidiana que menciona Illouz, devuelve a la religión y a la medicina el control de la propia vida. A la religión, porque los preceptos se expresan en doce pasos, siete leyes, un lenguaje con connotaciones religiosas que se somete al juicio de expertos las propias elecciones individuales, y a la medicina, porque extiende el manto de la patología sobre la insatisfacción y el dinamismo que pueden servir de incentivo a la movilización social.

Finalizada la reflexión sobre el “buen envejecer canónico” una última palabra en torno a la biografía de Jane Fonda. El hecho de que la biografía de una actriz sea un éxito de ventas corrobora todas las prevenciones de Siegfried Kra-cauer con respecto al género “la biografía es un modo de prosa de la burguesía establecida” (Kracauer, 2008: 82). La popularidad de su biografía es el reflejo de quien se sabe anónimo y sin capacidad de protagonizar su historia.

Se ha sugerido a lo largo del artículo que la vejez es un proceso de exclusión deliberada de aquellos a los que se les considera demasiado mayores para trabajar. Como señala Fericgla, los mayores son apartados del trabajo al tiempo que se les deriva hacia otro tipo de actividades. Se ha señalado también que lo que Eva Illouz denomina cultura terapéutica, expresado en libros que enseñan a envejecer, junto con las dificultades propias de oponerse a un sistema que, como señala Bauman, no trata de sojuzgar sino que se limita a considerarte superfluo, hace la confrontación directa ineficaz.

Preguntarse por el tipo de resistencia eficaz en la vejez es preguntarse por el tipo de opresión. Los mayores no se enfrentan, salvo quizás en las unidades de cuidados paliativos, a ningún poder soberano que les deje vivir o les haga morir. Aunque están sometidos a una vigilancia disciplinaria el horizonte de vida limitado hace que con desgana se dediquen recursos públicos. En su condición de superfluidad los mayores padecen una situación, que, a falta de un término mejor, denominaré ausencia de status. Como es sabido, Ralph Linton acuñó el término de status para referirse a la posición social de una persona, de la que se derivan una serie de expectativas y atribuciones en la sociedad. La exclusión por edad y el drama de nuestros mayores consistiría en que de ellos ya no se espera nada. Reivindicar la manipulación y las argucias como tácticas subversivas es reconocer la dignidad de quien relegado al limen, sabe hacer de las oquedades y de los intersticios un lugar habitable.

## CONCLUSIONES

1. Reconocer no la “dependencia como problema” si no las relaciones intergeneracionales como espacios de poder en el más puro sentido Foucaultiano, en el que, quien tiene menos capacidad, lleva todas las de perder. Es interesante señalar que esta disputa por el poder se produce de forma diferente según el género. Los hombres tras la jubilación, momento muchas veces larvado de conflictos para sus esposas, tienden a establecer su ámbito de poder fuera del hogar. No así entre las mujeres, que pueden intentar ejercer influencia en el grupo doméstico de los hijos. Como señala Cristina Santamarina “las mujeres consideran a los varones más fáciles de llevar y contentar que a las mujeres (madres, suegras y abuelas) a las que saben o presuponen más autoritarias, más competitivas y más insatisfechas con los cuidados que pueden prodigársele (Santamarina, 2004: 64). Diseñar una ley de dependencia orientada a aminorar las cargas familiares de los cuidadores sin proporcionar apoyos a la autonomía no toma en consideración el carácter intrínsecamente conflictivo de toda relación humana, y tampoco la asimetría que preside la relación de los padres con sus hijos adultos.

2. Aunque Ferigla detecta entre los mayores una cierta resistencia a “formar parte de la vejez” señalando, por ejemplo, que no son pocos los que se niegan a entrar en el hogar de jubilados “porque están llenos de viejos” (Ferigla 1992: 194). Tal perspectiva entra en disputa con lo que se ha dado en llamar, la pedagogía del envejecimiento, que insiste en el auto-descubrimiento y está atravesado por lo que Eva Illouz denomina “cultura terapéutica”.
3. El envejecimiento es un proceso biológico cuyas consecuencias sociales vienen dadas por un importante rito de paso, “estructurado y estructurante”: la jubilación (Ferigla, 1992: 76). Los jubilados se encontrarían, por utilizar la expresión de Víctor Turner en un espacio de “ambigüedad y paradoja” (Turner, 1979: 236) pues, según este autor, la participación en el mercado laboral es un factor “estructurado y estructurante” se les aparta de una sociedad en la que “el trabajo y la posibilidad de consumo que de él se derivan son la finalidad y la trama de la vida” (Ferigla, 1992:138), al tiempo que se les “confina” al espacio doméstico o actividades sociales sustitutivas como actividades sociales sustitutivas. La paradoja y la liminaridad de la vejez consiste en vivir al margen de la sociedad, pero en una situación de extrema dependencia con respecto a ella. Podría considerarse que las personas mayores son hoy día una manifestación más de lo que Zygmunt Bauman denomina “crisis de la eliminación de residuos”. El solapamiento de los ámbitos biológico y social hace que la exclusión por edad aparezca naturalizada y bajo el signo de lo irremediable.
4. La pedagogía del buen envejecimiento ofrece un marco de reelaboración individual de la identidad deteriorada. Tratándose de una derivación comercial de la teoría del desencaje funcionalista, propone “itinerarios morales” para el prolongado proceso de desvinculación social que se inicia con la jubilación, y tiene implícita la concepción de la vejez como antesala de la muerte. Cabría preguntarse si buscar este tipo de composiciones biográficas a problemas netamente sociales como sin duda lo es la aparición de la vejez como colectivo social distintivo, no es abandonar al sujeto a sus propios recursos como nunca antes se había hecho. Al tratarse de “una pedagogía del envejecimiento” se centra en mejorar los recursos individuales que permitan construir una narrativa coherente de la propia vida, al tiempo que hurta a sus destinatarios la urdimbre estructural de lo que Allan Walter (2008) ha denominado “proceso sistemático de exclusión social”.
5. Los conflictos intergeneracionales pueden ser interpretados como desplazamiento “a nivel biográfico” de los problemas estructurales que favorecen la exclusión de los mayores.



6. La socióloga Eva Illouz ha acuñado el término de “cultura terapéutica” para dar cuenta de los discursos que derivados de psicoanálisis tratan de narrar el itinerario vital de las personas en clave de superación de la patología. La literatura del buen envejecer y las biografías ejemplarizantes como la de Jane Fonda pertenecen a esta cultura en la medida en que convierten en patología la “no adaptación a la exclusión”.
7. Frente a la cultura terapéutica, la película “El cochecito” de Marco Ferreri, interpretada por un magistral Pepe Isbert, ofrece un repertorio de ajustes secundarios que, desde la plena asunción de la propia liminaridad, constituyen una estrategia subversiva al reapropiarse de los estereotipos más degradantes de la tercera edad.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BECK, U. (2006): *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- FERICGLA, Josep M. (1992): *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Anthropos.
- FONDA, Jane (2005): *My life so far*. New York: Random House.
- GIRÓ, Joaquín (2004): *Envejecimiento y sociedad: una perspectiva pluridisciplinar*. Logroño: Universidad de La Rioja.
- GOFFMAN, Erving (1959): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1970): *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2008): *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GRENIER, Amanda M. (2005): “The contextual and social locations of older women’s experiences of disability and decline”, *Journal of Aging Studies*, 19 (2) (May): 131-46.
- (2003): *Diverse older women: Narratives negotiating frailty*. Tesis doctoral no publicada, McGill University (Canadá).
- ILLOUZ, E. (2007): *Cold intimacies: The making of emotional capitalism*. Cambridge, Malden MA: Polity Press.
- KRACAUER, S. (2008): *El ornamento de la masa*. Barcelona: Gedisa.
- MENDIOLA, I. (2006) *Elogio de la mentira: En torno a una sociología de la mendacidad*. Madrid: Lengua de trapo.
- SAGRERA, M. (1992): *El edadismo: contra “jóvenes” y “viejos”, la discriminación universal*. Madrid: Fundamentos.

- SPIVAK, G. (2005): "Subaltern Studies: Deconstructing Historiography" en Landry, D. y MacLean, D. (eds.): "The Spivak Reader". London: Routledge.
- TOMITA, M., MANN, W. C. and WELCH, T. R. (2001): "Use of assistive devices to address hearing impairment by older persons with disabilities", *International Journal of Rehabilitation Research*, 24(4): 279-89.
- TURNER, Victor (1979): "Betwixt and Between: the liminal period in rites of passage" en WILLIAM, Armand: *Reader in Comparative Religion: An Anthropological Approach*. New York: Harper & Row.